

del corazon humano y de su falta de mundo. La Santa Escritura dice: "El cauto vió el mal y se escondió; el simple pasó adelante, y recibió el daño" (1).

FRANCISCO. Pues yo ni aun esa utilidad les encuentro a esa clase de libros, por la sencilla razon de que no dan a conocer el mundo, y no lo dan a conocer, porque pintan, no a los hombres y la sociedad diaria, sino personajes fenomenales y hechos inverosímiles, que por lo mismo no pertenecen al mundo real. El mundo es bastante malo, pero esos novelistas lo pintan mas malo de lo que es. En la vida social es utilísima, es necesaria la desconfianza; pero tambien la desconfianza excesiva es una cualidad mui perjudicial. Vida infeliz es la de aquel que siempre está temiendo y desconfiando, aun cuando no haya motivo (2). Yo he observado que aquellos que se han entregado a la lectura de novelas románticas, se hacen *excesivamente* desconfiados y suspicaces y se vuelven intratables. Ideas erradas y fantásticas, preocupaciones tormentosas y novelas homicidas las que reducen a los hombres a una misera condicion: los privan de la expansion de los sentimientos, de la sinceridad y franqueza en la conversacion, de la holgura en el tratamiento de los negocios, de la confianza y placer de la amistad, del deleite y cordialidad de la mesa, y a veces hasta de las confianzas y dulzuras de la vida conyugal. A semejanza de Don Quijote, con los libros que se han encajado en la cabeza se les ha sobreexcitado la imaginacion (la imaginacion, que, si hubieran estudiado *bien* filosofia, mirarian como una de las fuentes de nuestros errores), se les ha pervertido el criterio social y estan mui preocupados. En cada palabra encuentran un segundo sentido; en cada conversacion vén una falsedad; en cada hombre desconocido un Benedetto (3); en cada mujer de trato, una Lechuza (4), o una Jorobada (5), o una Mma. de Villefort (6), o una Juana de Valois (7); en cada criado, un Perafan (8); en cada hospedero o industrial, un Caderojo (9); en cada meson u hotel, un "Diablo Amarillo" (10); en

(1) Prov. 22-3.

(2) *Illic trepidaverunt timore, ubi non erat timor.* (Salmo 13, v. 5).

(3) Conde de Monte Cristo.

(4) Los Misterios de Paris.

(5) El Judío Errante.

(6) Conde de Monte Cristo.

(7) El Collar de la Reina.

(8) Los Celos de una Reina y el amor de una muger por Tarrago y Mateos.

(9) Conde de Monte Cristo.

(10) Idem.

cada comerciante, un Conde de Monte Cristo; en cualquier proyectista de estafa, pobrecito de entendimiento, un Luigi Wampa (1); en cada médico, un Cagliostro (2); en cada sacerdote, un Rodin (3); en cada primo o amigo, un Fernando de Mondego (4); en cada esposa, una Isabel de Portugal (5); en cada negocio una red y en cada plato o copa un veneno.

Aun suponiendo que el mundo que los novelistas románticos tienen en su imaginacion, fuera el mismo de las ciudades europeas, este mundo es mui diverso del de nuestras ciudades mexicanas. Después de tantos años de desmoralizacion progresiva, nada buena es sin duda la sociedad mexicana; pero sin embargo, merced a la suavidad de sentimientos que recibimos de la raza azteca, merced a la bondad de los sentimientos naturales de los mexicanos, los criminales de nuestras ciudades son inferiores con mucho en número, en ingenio y en atrocidad a los carbonarios de Italia, a los comunistas de Francia, a los internacionales de Inglaterra, a los nihilistas de Rusia y demas grandes criminales de las ciudades de Europa. Y en la misma Europa hai mucha gente buena, y se viaja con tranquilidad y contento no juzgando temerariamente de todos. En fin, los que se han empapado en las novelas y dramas románticos, creen que la sociedad de Tinguindin es como la corte de Luis XV.

JUAN. Tú nunca has sido embustero; ¿no decias que no conocias la literatura romántica?

FRANCISCO. Esa no es literatura, y por lo mismo te dije y te repito que no conozco la literatura romántica. No hai mas bella literatura que la clásica.

JUAN. A mi me agradan mucho tus razonamientos. Estamos de acuerdo.

Y bien, ¿y tú en qué estilo has escrito tus folletos?

FRANCISCO. Tal pregunta me ruboriza; por que si los misioneros mexicanos y otros muchos sabios han escrito en estilo defectuoso, ¿cual será el mio?

JUAN. Bien, pero tú no estas bautizando y confesando todo el dia.

FRANCISCO. ¡Triste verdad!; estoi ocupado en hacer zapatos. Pues ya que me obligas a darte cuenta de mi estilo, te diré que guiado por la luz de la razon y por eso que en literatura se llama *gusto* (buc-

(1) Conde de Monte Cristo.

(2) Memorias de un Médico y Collar de la Reina.

(3) Judío Errante.

(4) Conde de Monte Cristo.

(5) Los Celos de una Reina.

no o malo), mas que por las reglas de la ciencia de hablar y de escribir, de la que carezco, en todos mis folletos he procurado, no observar, sino parodiar las dos reglas capitales mencionadas. En cuanto a la primera, dices que en todos mis opúsculos el fondo de mi estilo es la sencillez. En cuanto a la segunda, es decir el uso de diversos estilos parciales segun lo piden los pasajes, podria presentarte en apoyo de esto muchos ejemplos tomados de mis folletos; pero esto seria mui difuso, y ademas de difuso, fatuo y vergonzoso, y ademas de vergonzoso, inútil, por que no sería imparcial. Por tanto me límito a decirte brevemente: 1.º que en todos mis folletos, como lo habrás echado de vér, no uso del mismo estilo en la narracion o exposicion de un hecho o pensamiento mediano, que en las de un hecho o pensamiento sublime; 2.º que en todos aquellos párrafos que tienen este encabezado: *Filosofia de la Historia*, empleo un estilo, si no filosófico y levantado, a lo menos mas cuidadoso; y 3.º que reduciéndome a uno solo de mis folletos, a uno de los mas insignificantes, mi "Viaje a las ruínas del Fuerte del Sombrero," cualquiera notará que no es igual el estilo, por ejemplo, en la descripción del hogar doméstico de Moreno, que en la descripción de los últimos y angustiosos dias del sitio, en la descripción de la Toma del Fuerte y en la de la muerte del heroe.

Pero tú has dicho que en casi todas mis producciones literarias yo he usado de un estilo sencillo y familiar. Poco a poco: hai mucha diferencia entre estilo sencillo y estilo familiar. Es verdad que escribí mis "Cartas sobre Roma" en estilo sencillo, por que este es el que conviene al género literario de Cartas, segun las reglas que nos enseñan Blair, Hermosilla y demas preceptistas, y segun los modelos que nos han dado Ciceron, Santa Teresa (1), Balzac, Feyjoo, Madama de Savigné, Richardson, el Filósofo Rancio y otros eminentes autores de Cartas; pero no las escribí en estilo familiar, como que eran Cartas dirigidas a una sociedad culta (2). Estilo familiar es el que se usa en la conversacion y en la correspondencia epistolar, y esto no con todas las personas, sino con las de la familia, de donde le viene el nombre de familiar, y con otras de mucha confianza. En fin, por mas que

(1) "La grande alma de Santa Teresa de Jesus, su indulgente austeridad y su amabilidad y jovialidad religiosas se muestran ventajosamente en sus Cartas, obra de un corazon y entendimiento varonil." (Blair, Lecciones sobre la Retórica, leccion 33). Precioso testimonio en boca de un protestante.

(2) "Aunque algunas composiciones lleven al frente el título de *Carta a un amigo*, vemos que a pocos renglones se pierde de vista este, y el autor habla en realidad con el público. De esta naturaleza son las Cartas de Séneca." [Blair, *ibid.*]

me ciege el amor propio, me deja la luz suficiente para conocer que no escribí mi Sermon de la Natividad de Maria, mi Compendio de la Historia Romana y demas folletos, en el estilo con que se escribe una carta a una sobrina.

JUAN. No puedo pasar adelante sin declararte una cosa que hace rato me está bullendo en el interior. Estoy en gran manera admirado de que aunque esta conferencia ha sido casual, durante ella tú y yo hemos citado sentencias, pensamientos y trozos de multitud de autores, como si nos hubiéramos citado y prevenido bien para ella. De mí te sabré decir que hace veinte años que no leo algunos autores, y sin embargo he citado sus textos como si los hubiera aprendido bien de memoria, y aun escrito ahora antes de venir a platicar contigo. No creo que haya en esto nada de magia blanca; pero si esto tiene misterio.

FRANCISCO. ¡Eh!, ¡escripulos! Supongamos: este camino ya lo han andado otros. Mira, Juan sencillo, Juan bueno, Juan admirado y admirable, mira. Cuarenta u ochenta personas estan reunidas en un salon o sentadas a una mesa, con motivo de una fiesta de bodas o de cumpleaños o civica o literaria, y entre ellas se halla un jóven que tiene fama de poeta. Apenas se ha servido la primer sopa, comienzan algunos a decir: "¡Que brinde Pancho!" (el poeta), y otros repiten: "¡Si!, ¡si!, ¡que brinde Pancho!" El comienza a excusarse diciendo que tiene un dolor de cabeza u otra cosa semejante. Repitense las instancias, y el repite sus súplicas de que le dispensen, por que absolutamente no ha tenido tiempo para preparar ningunos versos, añadiendo: "En estos dias he estado enfermo de tal cosa: ¿es verdad Fulano?", o bien: "En estos dias he estado mui ocupado en esto: ¿es verdad Zutano?" Una Señorita le dice con argentina voz: "¡Por Dios, Pancho, no sea V. chocante!" Otra le ruega dulcemente que diga algunos versitos. Una venerable matrona le dice: "¿Qué nos desaira V. Pancho?" "No Señora, pero . . ." responde el poeta. Un amigo le dice al oido: "Estás sitiado, no hai remedio," a lo que él contesta como con disgusto, tambien en voz baja: "¡Qué compromiso!, ¡si yo lo he sabido no asisto!" El nuevo esposo le dice: "Pancho: en este dia que soi tan feliz, ¿solo tú no quieres contribuir a mi felicidad? ¡Dí cualquier cosa, aunque sea un soneto!" "Si Fulano, contesta el rogado: haré un sacrificio; voi a hacer lo que pueda. Las Señoritas y los Señores tendran la amabilidad de perdonar mis faltas por la premura y por este dolor de cabeza" "Si!, ¡si!, aunque sea cualquier cosa", gritan unos. "¡No!, ¡no!, contestan otros: seran unos magníficos versos, como tú los acostumbras" gritan otros: en efecto asi los acostumbra. El poetita se toca los bolsillos y dice:

“¡Qué fatalidad!: se me olvidó mi lápiz,” y al momento corren cuatro empuñando cada uno un lápiz. Se vuelve a registrar los bolsillos y dice: “¡No traigo ni un papel!”, y al punto saltan otros de sus asientos y le presentan papel, aunque sea necesario romper la cuenta de una panadería, por tener la dicha de oír la maravilla de aquellos versos, cual si fueran de Camoens o de Espronceda (que a veces realmente lo son). El joven escribe, y a la algazara anterior sucede un gran silencio, apenas interrumpido por algunos cuchicheos, para no impedir la sagrada inspiración. El poeta, ora hace reposar la cabeza sobre la mano como quien medita, ora se maltrata el vigote y la piocha, ora se restrega los cabellos hacia arriba con aire de impaciencia, y todos los ojos se fijan en él con admiración. Entretanto un hombre de mundo se ríe a carcajadas, al parecer por el buen humor que reina en una convivialidad, y en la realidad al ver aquellas veniales bribonadas y aquella credulidad universal. En fin, el poeta, después de escribir algunos minutos se pone en pie, y todos los varones se levantan prontamente con él, y recita treinta versos de aquellos muy buenos que comienzan: *¡Pasó por el disco del Sol y se sollamó la cara!* Allí son los palmoteos, los *¡vivas!*, los aplausos y los gritos: unos le felicitan, otros lo ensalzan y otros lo abrazan.

¿No has visto, amado Juan, algunas de estas cosas?

JUAN. No: yo nunca asisto a banquetes, por que son muy peligrosos; pero a mí me parece que bien se le puede creer a un joven una improvisación, cuando no tuvo tiempo para prevenirla.

FRANCISCO. Yo no niego que hai verdaderas improvisaciones, por que en Europa, en México y en nuestro mismo Jalisco hai verdaderos poetas; pero hai uno que otro que anda con esas marrullerías, que tampoco son un grave defecto, especialmente en la edad juvenil, y por esto las he llamado veniales. Y ¿cuando le falta a uno de estos poetitas tiempo para prevenir sus versos? Si se trata de una fiesta cívica, como las del 15 y 16 de Setiembre, estas son fijas, y puede preparar sus versos tres meses y aun un año antes. Si se trata de una fiesta de matrimonio, este nunca se hace de un día para otro, y siempre se sabe algunos días antes. Y en fin, nunca falta por lo menos una benigna noche intermedia, que uno puede pasar ajustando consonantes.

JUAN. Mas aquel joven no puede prevér que entre ochenta personas el será invitado.

FRANCISCO. ¡Si no hai sermón sin San Agustín!, no hai fiestecita de familia, cívica o literaria en que Pancho no diga discursito o versos, ya es muy conocido por esto, y por lo mismo él va a la función con la

seguridad de que será invitado.

JUAN. Yo no entiendo de esas cosas. Tú que eres un Figaro lagunense, lo sabras mejor. Vuelvo a mi negocio. Mientras has estado hablando de brindis y de frivolidades, he estado reflexionando que en esta conferencia hemos citado al pie de la letra aquellas sentencias breves y conocidas; pero los pensamientos y trozos largos los hemos leído en los libros, o no los hemos citado al pie de la letra, sino en sustancia: *circum circa*, como decían los latinos; *in circa*, como dicen los italianos; *environ*, como dicen los franceses, y poco mas o menos, como decimos nosotros. Tú que tienes buena memoria . . .

FRANCISCO. Por desgracia; por que es opinion de muchos que la buena memoria es incompatible con el talento. El buen o mal talento proviene de la quimica.

JUAN. ¡Hombre! Nunca habia oido esta psicología. ¡Tú materialista!

FRANCISCO. El alma obrará segun encuentre organizado el cerebro; el cerebro es organizado segun las leyes de la generacion; la base de estas leyes es la quimica, y Dios combina el hidrógeno y el oxígeno y nos da el agua. Una tia mia me ha contado que antes de que yo naciera mis padres no comian mas que jicama. El buen o mal talento es el resultado del concurso y combinacion de las fuerzas de la naturaleza. Los mahometanos y otros llaman a esos resultados *la fatalidad*. Otros, tan mastuerzos como los mahometanos, explican ese movimiento universal de la naturaleza, como lo que pasa en la puerta de los templos de México cuando hai una función muy solemne: que bastantes andan a empujones y puñetes, hasta que unos logran entrar y otros se quedan fuera, y llaman a esos resultados *la casualidad*. Los cristianos los atribuimos a la Providencia divina. Esta Providencia saca el número en una lotería [1], y reparte las almas y los talentos segun su libre y sabio beneplácito [2]. Esta repartición universal está enseñada sapientísima, hermosísima y santísimamente por Jesucristo en la parábola de Los Talentos. En esta repartición univesal a unos les toca la harina y a otros los costales.

JUAN. Me tomaste la palabra y me has dejado sin concluir mi concepto.

FRANCISCO. Es el estilo frances, ¿y me podras negar que los franceses son los hombres mas urbanos y elegantes del mundo? En ninguna nacion civilizada se usa entre amigos el “Pido la palabra”, ni se gobierna la conversacion por campanilla, sino por la verda-

[1] *Sortes milluntur in sinum, sed á Domino temperantur. (Prov. 16-33).*

[2] *Sortitibus est animam bonam, dice la Iglesia en el Oficio de San Pascual Baylon y en el de otros Santos.*

dera urbanidad, que es hija de la sinceridad y demas buenos sentimientos, hermana de la confianza y madre de la holgura en el uso de la palabra y de la comodidad en todos los actos de la vida social. Es de todo mi gusto esta máxima que asienta Diez de Bonilla en su Código de Urbanidad: "La base de la urbanidad es la comodidad." De las relaciones de vidrio, de los sentimientos y modales que no se mamaron, de las *educaciones aprendidas* a los veinte años, de las carcajadas sin que se muestren los dientes, y en fin de la *urbanidad de pueblo*, que Breton de los Herreros ha pintado muy bien en aquel Abundio de su "A Madrid me vuelvo," me libre Dios. Y mas me libre de la urbanidad de muchos de las grandes ciudades, que consiste en grande limpieza en el vestido y mucha suciedad bajo el vestido; aquella de que habla San Gregorio el Grande cuando dice: "esa falsedad que se llama urbanidad:" *falsitas quae urbanitas vocatur*; aquella que consiste en decir *sí*, cuando en el corazón se tiene un *no*, y en decir *no* cuando en el corazón se tiene un *sí*; la urbanidad por la que, haciéndose tres caravanas en un ladrillo, y sacudiéndose la apolínica cabeza de una manera muy mona, se saca el dinero al prójimo con mas *limpieza* que la de un fakir de la India. Y mas todavía me libre de la urbanidad, no digo bien, la grosería de muchos aristócratas que, cuando en la conversacion usa de la palabra uno que ellos creen de posición inferior a la suya, por estar en la errada opinión de que el dinero o el empleo público ganado con artimañas, es superior al talento modesto y la instrucción, voltean la cabeza y no le contestan; la urbanidad de aquellos que dicen *visiteme V*; pero nunca *visitaré á V*; que se parecen a los templos en que reciben visitas, pero no las pagan; que siendo muy exigentes en materia de tratamientos para sí, no les dan a los otros el que les corresponde por Padres, abogados, doctores, coroneles etc; ni aun el de *Señor* que corresponde a todo caballero, aunque tenga diez y ocho años, sino que nunca pasan del "¿Como va?", o a lo sumo "¿Como está V?"; que a los sacerdotes, abogados, hacendados y demas personas semejantes los tratan como criados, diciendo: "Oiga V. Perez," "Oiga V. Hernandez;" que si alguno de buena educación se descubre la cabeza delante de ellos, le miran con la cabeza erguida con aire de protección, y no se dignan ni tocarse el sombrero, ni pronunciar una palabra. En todas las naciones civilizadas se estilan en la conversacion entre amigos los gratos paréntesis y las oportunas interrupciones.

¿No te parece este paréntesis (que alguna vez quizá lean los jóvenes), una leccioncita de urbanidad, que es indispensable juntar con el estudio de la bella literatura? ¿No te parece esta interrupción nece-

saria para darte una satisfacción sobre el modo con que nos tratamos en esta conversacion? A mi me agradan las carcajadas y el trato social al estilo Pio IX, Santo Tomas de Villanueva, Cardenal Antonelli, Sr. Arzobispo Labastida, Sr. Obispo Camacho y otros muchos hombres de pro, que no han sido tildados de inurbanos. Los Santos no eran tan quisquillosos como tú. Aquellos venerables patriarcas sentados a la puerta de su tienda, platicaban mano a mano, se tomaban la palabra el uno al otro, bebían leche en un mismo jarro, comían de una misma torta, bostezaban con amplitud, se rasaban una pierna . . .

JUAN. ¿Acabarás? Te decía que tú que tienes buena memoria, y que eres curioso para apuntar los hechos y pensamientos bastante notables que se vierten en una conversacion, apuntarás después esos pensamientos y textos largos con todos sus puntos y sus comas.

FRANCISCO. Sí, no tengas cuidado: escribiré toda esta conversacion, y aun la daré a la luz de la prensa para la utilidad de la juventud. Continuemos.

JUAN. Pero hombre, eres tan sencillo en tu estilo, que bastantes veces has dicho en tus escritos públicos hasta sandeces, pues no solo has usado de palabras y frases *familiares*, sino tambien de palabras y frases *vulgares*, es decir, que solo usa el vulgo o pueblo bajo, como aquello de *michito, michito*, que dijiste en tus "Pensamientos de Horacio", y aquello otro de *Niños lindos, palomitos blancos*, que dijiste en tu "Compendio de la Historia Antigua de México", y esto otro de *volver cuíjes*, que has dicho en la Adición 34.<sup>a</sup> de tu Ensayo, y lo otro de *pichones*, que dices en la Adición 37.<sup>a</sup> etc.

FRANCISCO. Yo pregunto en la Adición 34.<sup>a</sup> ¿que si el Abate Gaume y el P. Ventura a todos sus lectores nos querrian *volver cuíjes*, haciéndonos creer que San Gerónimo en su Epistola a Leta dice una cosa, no diciendo sino otra muy diversa? El vulgo, con la frase *volver cuíje*, significa engañar completamente a otro, aludiendo a la superstición con que se creía en los pasados siglos, que algunos hombres tenían el poder de transformar a otros hombres en brutos: cuadrúpedos, aves etc. Y ve tú que esa frase y todas las otras semejantes, tienen bastante propiedad, ingenio y gracia, y por lo mismo me parecen armas de buena lei, especialmente en escritos de polémica como es mi Ensayo.

JUAN. En efecto, muchísimas de esas palabras y frases plebeyas tienen mucha exactitud, agudeza y donaire; pero no son armas de buena lei en escritos destinados a la clase culta. Siempre las armas son segun la clase de las personas: así en un reto (tomo los duelos como un ejemplo, pero sin duda que estoi muy lejos de aprobarlos),

ningun caballero elige una arma de la plebe, como el garrote, la honda o el cordel.

FRANCISCO. ¡Pues!, ni una cuchara ni una escoba. Yo no sé lo que disponen los libros de caballerias, que sobreviven apesar del Quijote; pero lo que es en las lides literarias, te aseguro que el arma de D. Frutos Calamocha es de lo bueno, y todavia es mejor el arma del Dr. Covarrubias, que era una *Maceta de tepehuaje*, que es la madera mas dura que se conoce. En las causas justas defendidas en un lenguaje decente (que no deja de serlo por que se use en él de uno que otro término vulgar), la lógica contundente es una arma de buena lei y mui eficaz.

JUAN. Tú te has olvidado de aquella bella y mui exacta comparacion del preceptista Madramany en su Tratado de la Elocucion, cuando hablando en el capítulo 6.º “Del Decoro en el estilo”, dice: “Los adornos propios de un gabinete serian ridiculos en la cocina, y los muebles de la cocina, en la sala de recibo.” Tú, al usar de esas locuciones tiznadas y tan feas de la gentuza en composiciones del género histórico y en las del género didascálico, que deben ser serias y decentes, has colocado en la sala de recibo los muebles de la cocina.

FRANCISCO. Pero ¿has oido decir que yo tenga algun titulo de buen lenguaje, por ejemplo, que sea Socio de la Real Academia Española? Ve a los buenos hablistas. Lee algunos papeles públicos de España, en donde es claro que debe hablarse el idioma español mejor que en ninguna otra parte, y allí encontrarás magníficos modelos para nosotros los salvajes hispano-americanos (1). Ve a las Cortes españolas, en las que se reúne la flor y nata de los literatos y los *meros carcamaneros* de la península...

JUAN. ¡Puf!, parece que me acaban de pasar un cardo por las espaldas.

FRANCISCO. Ve a las Cortes españolas, y allí oiras a dos diputados disputar sobre el verbo *abolir*, afirmando uno que debe decirse *abola*, y otro que nó, que *abucla*. Y aunque no te gusten citas, te he de citar al autor que esto refiere, que es un compatriota de dichos

(1) Bastús, *español*, hablando de la España de hoy en el prólogo de su erudita obra “La Sabiduria de las Naciones”, dice: “los despropósitos que con mas frecuencia de lo que fuera de desear oimos en las conversaciones, y leemos en *escritos*, hasta de personas que tal vez se consideran a salvo de tales defectos.—¿Quien no ha oido, por ejemplo, decir *hombre de muchas ínsulas*, por *hombre de muchas ínsulas*?; *cubierto con la Egira*, por *la Egida*?; *estar bajo la espada de Demóstenes*, por *Damoetes*?; *una Etiopia*, por una *Utopia*?; *escrito a lo Dragon*, por *Drácon*?; *estar entre Siria y Caribdis*, por *Scila y Caribdis*?; *meter sus cuatro espaldas*, por *cuarto de espaldas*, y otros mil aderesios semejantes?”

diputados, D. Fernando Gomez de Salazar en su “Conjugacion completa de todos los Verbos Irregulares.” Y no creas que esto pasó en el siglo VII, cuando se estaba formando el idioma castellano, sino hace mui pocos años. ¡Y tambien diras que esos honorables Señores llevaron al salon de Cortes los *comales*, dornajos y cacerolas!

JUAN. De los *comales* no digo nada, por que es una de las innumerables palabras tomadas de la preciosa lengua azteca, acostumbradas y recibidas legitimamente en nuestro idioma castellano, y que por lo mismo deben entrar en el Diccionario Español Mexicano, cuando se componga este de una manera completa. Tu juicio critico seria magnifico, si no fuera por esa frase *meros carcamaneros* que es nauseabunda.

FRANCISCO. Pero ¿como quieres que un vecino de Lagos hable como los hombres cultos de Madrid, México, Guadalajara y Puebla? Ya se me olvidó el modo de hablar en esas ciudades. Allá por *aborto* sucede que *reviente* en Lagos algun *improsulto* de por allá de la capital de México, como *hora tú*, y aquel otro *guero alazan* que vino en las secas. ¡Ah!, qué *licurgo* era y qué *facineroso*!, y a todos nos tenia con la boca abierta como Simon Cirineo: ¡ja!, ¡ja!, ¡ja! [1]. Cuando el *frastero* es buena gente y mas si es *valedor* de uno, como *hora tú*, puede uno conversar con él a toda su *sastifacion*; y echar cuanto tiene en el *buche* y *deshogarse*; pero cuando es mui *sofístico* y *matrero*, le tiene uno vergüenza y se está callado y de *oquis*, por que como la sabiduria tiene mas espinas que un nopal manso y uno no sabe hablar, siempre está con la *temidez* de que en un *triquis traquis* por darle a la bola le dé al bolillo, y en esta *conformida*...

JUAN. ¡Ail!, ¡ail!, ya, ya, por caridad. Nomolestes mas mi oido. Francisco, conozco que Thalia no te mira con malos ojos, y que si te hubieras dedicado al género cómico, habrias compuesto comedias regulares, pues las han compuesto algunos mocetones iguales a ti en capacidad; pero a la verdad, una de las poquisimas cosas en que tú y yo no tenemos punto de contacto, es que a mí me agrada en todo lo serio, y tú eres afecto a la chanza. La chanza es mui peligrosa y frecuentemente produce mui malos resultados, por que no dista mas que un paso de la frivolidad y de la groseria e insulto, y para no incurrir en estos defectos se requieren tres condiciones mui difíciles: fina educacion, talento de discernimiento y buen corazon, no usando de la chanza por ofender, sino al contrario por cordialidad. En tus escritos, especialmente en el Ensayo, tú usas a veces de la critica literaria bajo la forma del donaire. Miralo con recelo. Cuando es-

(1) Los rústicos llaman *facineroso* al que habla mucho y haciendo muchos ademanes.

cribes tienes hilaridad; pero despues tendras affixion, por que el dolor le va pisando la ropa al gozo: *extrema gaudii luctus occupat*. Despues . . .

FRANCISCO. Déjame admirar de paso esa frase tan linda de Fray Luis de Granada: "¡pisando la ropa!"; ¡no puede ir ya una persona mas cerca de otra! ¡Qué hermosa es la lengua castellana! ¡Qué modelo de traduccion libre tan exacta como la literal!

JUAN. despues te afligiras viendo que todas las personas sensatas reprueban ese aire de lijereza y de chanza, tan impropio de la gravedad de un sacerdote y de un anciano.

FRANCISCO. ¡Toma! A la verdad que San Gerónimo, Erasmo, Melchor Cano, el P. Isla, el Abate Guené, Fr. Francisco Alvarado, y otros muchos criticos eminentes, cuando escribieron no eran mui *chiquitos*, ni lo eran tampoco Pio II, Pablo III, Benedicto XIV, Pio IX y otros Papas, que gustaban de la buena y delicada chanza. Dice San Francisco de Sales que un viejo no ha de correr en pos de las mariposas como los niños, y me parece que yo en mi Compendio de la Historia Antigua de México, en mis Documentos sobre Montes de Piedad y en mis demas folletos no corro en pos de mariposas, sino que trato materias bastante importantes.

JUAN. ¡Oh, sí!, mui importantes y con mucha macicez. Los lunares, como son las palabras y frases de plebeya chanza, son los que yo repruebo.

FRANCISCO. Los lunares no siempre son defectos, sino que bien dispuestos por la sabia naturaleza, añaden gracia. En fin, voi a hablarte a lo serio, por que tambien sé hablar de esta manera. En una conversacion como esta, en los entreactos literarios, como en los gratos entreactos de la vida, soi ligero como una mariposa y flexible como un mimbre; mas en los negocios graves soi mas serio, mas macizo y mas constante que tú, y si no tienes mala memoria, quizá en la misma historia de nuestras relaciones encontrarás una prueba de esto. Hablándote pues a lo serio, en primer lugar te voi a leer una de las preciosas Cartas de Plinio el Joven a Tácito. Dice: "Te vas a reir; riete en buena hora. Yo, aquel Plinio que conociste, he aprehendido tres javalies, y a la verdad hermosísimos. — ¿"Tu"? diras.— Yo mismo; mas no por esto me he apartado de mis ocios y quietud. Sentado cerca de las redes, estaban junto a mí, no el venablo ni la lanza, sino el estilo y las tablillas de cera. Meditaba y escribia algo, para que si al volver a casa llevaba las manos vacias, llevase las tablillas llenas. No tienes motivo para despreciar este modo de estudiar. Es admirable cuanto se excita el ánimo con la agitacion y el movimiento del cuerpo. Las selvas y la soledad

que rodean por todas partes, y el mismo silencio necesario para la caza, son mui propios para el desarrollo del pensamiento. Por lo mismo, guiado por la experiencia, te aconsejo que cuando se te proporcionare salir a la caza, juntamente con la alforja y la botella de vino, lleves las tablillas de cera. Entonces experimentarás que no habita en los montes mas Diana que Minerva. *Vale.*"

Aquí tienes, mi amado Tácito, el retrato del antiguo catedrático de Derecho en el Seminario y Promotor Fiscal de la Curia eclesiástica de Guadalajara, y moriré contento si tengo junto a mí mi pobre estilo y mis tablillas de cera. La diferencia de cuadros es una sola: he cazado tres javalies, he sido capellan cuatro años de la hacienda del Salto de Zurita, he tratado con muchos rústicos, gente de hermosa alma, y tambien con gente ilustrada y mui amable. Y no se te olvide esta sentencia: *Minerva habita tambien en los montes.*

JUAN. Francisco: háblame siempre en este estilo, que arranca al alma dulces emociones. Siempre he creído que las letras no desdennan nuestras pobres colinas de Lagos, por que de ello podrian presentarse buenos testigos.

FRANCISCO. Hablándote a lo serio, al cargo que me haces del uso de palabras y frases vulgares en mis folletos, te daré cuatro respuestas y descargos en lugar de uno. Sea el primero. Hai palabras y frases que muchos por nimiedad creen que pertenecen al lenguaje familiar o al vulgar, no siendo asi. Por ejemplo: uno usa de esta expresion: "Fulano es hombre de negocios *a carta cabal*," y otro dice: "Esa es una expresion propia de tahures," siendo asi que es usada por los príncipes, por los obispos y por los académicos españoles. Cervantes nos enseña indirectamente (como lo enseña todo) esta regla en su Quijote cuando dice: "Un porquero andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos, que sin perdon asi se llaman."

Segundo descargo. Hai un modo licito de usar de las palabras y frases vulgares en las composiciones literarias: cuando se usan a sabiendas de que son plebeyas, para dar a conocer el lenguaje de la plebe, y esto en lugar de ser un defecto, es una cosa mui estimada entre literatos. Mui estimado es Plauto por que en sus Comedias consignó el lenguaje de la plebe de la antigua Roma. Mui estimado por los literatos es el Quijote, por que (entre otras muchas cualidades) nos enseña el lenguaje de la plebe de España en los siglos XVI y XVII. Mui estimado es el poeta poblano D. Agustín de Castro, por que en sus sainetes, especialmente "El Charro" y "Los Remendones", nos muestra el lenguaje de la plebe de México, en el siglo pasado. Mui estimado es Breton de los Herreros, por que